

Vinka Jackson



Agua fresca  
en los espejos

Abuso sexual infantil y resiliencia

*Agua fresca en los espejos* es la historia de un alma heroica, capaz de arrebatarse a la muerte su propia vida, para volver a nacer. Es también un canto a la resistencia. Resistencia no solo ante el agresor, sino ante el abuso que permanece en el alma mordida por el cuerpo. Como muchos otros hombres y mujeres, Vinka lucha sin tregua contra el vacío que ha dejado el saqueo, se rebela para no sucumbir en la penumbra, en la muerte en vida que es el vacío del abuso arraigado. Por eso *Agua fresca en los espejos* es también un libro acerca de la resiliencia, acerca de cómo el corazón de una niña es capaz de retomar su tamaño, recobrar el tono de su voz, recuperar su cuerpo perdido para volver a habitarlo, y luego reorientarse desde la voz del mundo. La lucha contra el abuso es una lucha por la lucidez; una en que se pasa del vacío, de la angustia aislada y descentrada, a la indignación y la acción. A esa lucha, que también me compromete, hay que ir con los ojos bien abiertos, como dice Vinka, «lavados, al fin, con mi propia agua fresca». JOSÉ ANDRÉS MURILLO.

El camino recorrido por Vinka Jackson lo han recorrido miles. Ella es una de las pocas que ha trazado su mapa. Espero que esta «guía» le ayude a la humanidad a recuperar sus rumbos. JAMES HAMILTON.

El libro de Vinka Jackson es una brújula para quienes se decretaron perdidos, un bálsamo para quienes solo perciben heridas y un antídoto contra la ausencia de amor, que se llama indiferencia. Ven y léeme, dice Vinka. Voy y te leo. Y agradezco que el libro esté en mi biblioteca. Al alcance de mis hijos. FERNANDO PAULSEN.

*A mis hijas Diamela y Emilia,  
gracias por la vida nueva*

De respirar bocanadas en homenaje al último des-  
tino me compongo.

**Isabel Larraín**

## VEN Y LÉEME

Fernando Paulsen

**A**gua fresca en los espejos debe ser el libro que más me he demorado en leer. Meses interminables. Unas páginas hoy, un capítulo la otra semana. Luego un largo tiempo sin tocarlo. El libro en el velador, siempre a la vista, llamando en silencio a reanudar la lectura. Cedía más tarde y lo volvía a dejar, manteniéndolo al alcance del reojo. Hasta que me volviera el valor. Hasta que se calmara la pena. Hasta que se me borrarán la imágenes de cómo pudo haber sido esa infancia. La de Vinka Jackson, a quien conozco ahora. A quien no he visto jamás sin una sonrisa de lado a lado. Siempre con una frase amable, llena de risa y optimismo. Ella es la que protagoniza el libro. Las cosas que aquí pasan le pasan a ella. El padre que abusa de su hija —una y otra y otra y otra vez— es su padre. Y me da rabia. Y me da pena. Y dejo el libro porque no quiero saber qué tan hondo se llega, hasta que lo retomo porque tengo que saber, quiero averiguar cómo se pasa del infierno a una cara llena de cielo y buenos deseos para todos.

*Agua fresca en los espejos* es un libro brutal. Te interpe-la. Te pregunta, sin decirlo: ¿cuánto estás dispuesto a reconocer de tu vida para darte una nueva oportunidad en mayor libertad? Cuesta responderse. Porque es más fácil disimular, mantener las versiones oficiales del pasado. Más aun si se trata de la familia. La capacha de la autoimagen tolera enormes limitaciones voluntarias de la propia libertad.

Vinka Jackson vierte en el libro su relato como víctima de abuso sexual. A medida que se adentra más y más en su biografía, adquiere más y más libertad. Reconocer lo que ocurrió, nombrar lo que hay que nombrar, transmitir sin ambages lo que una niñita puede sentir cuando su papá no ofrece seguridad ni escape, verter lo más duro en una narración para beneficio de todos, es hacer participar al lector de un acto de liberación y esperanza, que se inicia cuando se acaba el encubrimiento y el temor social, y cuando se recupera la libertad de la palabra verdadera.

Tengo miedo de decirlo, pero creo que Vinka ama a su papá. No necesariamente como entendemos ese amor vía Hollywood, con chica que quiere al papá pero le cuesta reconocerlo, y viceversa, hasta que después de muchos altibajos se encuentran en un abrazo interminable. *The End*. No, hablo de otro tipo de amor, del real, del que tienen ustedes y yo. De ese amor cuyo opuesto no es el odio sino la indiferencia. Vinka Jackson no tiene ni un milímetro de indiferencia por su abusador. Siente rabia, dolor, culpa, lástima. Pero nunca es indiferente. No le da lo mismo.

Por eso este libro tiene un valor superlativo. Por eso cuesta leerlo. Porque no trata de personajes de ficción, ni de cuentos que te cuenta el vecino. Es real, es sobre personas que te hacen daño, que son lo más cercano a ti y que, no importa cómo los disfraces, te importan. El libro tiene una épica notable. No sé si yo estaría a la altura de asumirla como lo hace Vinka. Esta historia se basa en su férrea convicción de que del terror es posible recuperarse. Lentamente, gradualmente, asustadamente, pero es posible recuperarse. Esa es la razón por la cual en los códigos penales del mundo civilizado la violación de menores tiene una pena menor que el homicidio. Si se viola a un pequeño o pequeña, cuando la depravación termina todavía el niño está vivo. Y es posible que se recupere. Pero si hubiese la misma pena —muerte o cadena perpetua efectiva, según los países—, ¿qué razón tendría el violador para no matar a su víc-

tima después de abusar de ella? Si el trauma provocado por el acto de abuso fuera definitivo, irreversible, daría lo mismo si la pena fuera igual para ambos crímenes. Lo que plantea Vinka Jackson es que hay una enorme diferencia entre un abusado vivo y uno muerto. El que está vivo puede ejercer, tarde o temprano, su libertad. Reconocer su condición de víctima, asumir que se puede resistir, que se puede restaurar parte del daño y que se puede vivir el futuro con expectativas positivas, con la cara llena de risa y con ganas de decirle al que está en el fondo, citando a Neruda, «sube a nacer conmigo, hermano».

El libro de Vinka Jackson es una brújula para quienes se decretaron perdidos, un bálsamo para quienes solo perciben heridas y un antídoto contra la ausencia de amor, que se llama indiferencia. Ven y léeme, dice Vinka.

Voy y te leo. Y agradezco que el libro esté en mi biblioteca. Al alcance de mis hijos.

## LAS IDAS Y VUELTAS DE LA VIDA

*Caminar es esta oración  
en la que nos sumamos.*

**Rosabetty Muñoz**

**C**amino por avenida Bilbao. Avanzo en línea recta, paso a paso como una ciega, desde la consulta de mi terapeuta hacia la casa de mi madre. Cae la tarde y a tientas, una cuadra tras otra, voy contando semáforos, paraderos de buses, secretos y años perdidos.

Son casi las seis de la tarde y me parece haber caminado sin descanso durante siglos, aunque solo hayan transcurrido unas pocas horas desde el almuerzo. Un almuerzo como cualquier otro durante una estadía en Chile como cualquiera otra. Un día sin nada especial en la agenda que, sin embargo, terminará siendo uno de los más importantes en el recuento de mi vida.

No recuerdo exactamente cómo surgió el tema. Quizás el testimonio valiente de dos hermanas actrices, la sentencia contra un senador de la República, algún niño o niña anónimos en las páginas policiales; el remanente en la memoria doméstica de noticias que, de vez en cuando, golpean fuerte a la opinión pública y a las conciencias.

No tengo ganas de hablar de daños y, para desviar la atención, hago un comentario sobre lo rica que es la crema de espárragos casera y lo mucho que la extraño en Estados Unidos. Del lado contrario de la mesa solo hay silencio; una inhalación profunda que anticipa una declaración muy distinta de la que espero sobre la sopa de hoy o mañana.

Luego de décadas, pareciera haber llegado el momento. Lo presiento, nítido como el reconfortante sol de invierno que entra por la ventana o la cucharada demasiado caliente que acabo de llevarme a la boca, y que no puedo tragar. No necesito telescopios para constatar la colisión en marcha de un solo meteoro; uno solo, capaz de regresarme a la peor ceniza.

Hiroshima en el alma. Mi explosión atómica muy personal.

Todo convertido en polvo y muñones de un algo o de un alguien predecesor: árboles, niños, cultivos, caballos a medio desollar con el esqueleto expuesto y todavía vivos. Jamás olvidaré las imágenes legadas por algún documental de infancia sobre la atrocidad que le rompió el alma a Japón y que, desde algún ángulo inexplicable, resonaban con el estado de mi corazón de entonces. Tampoco olvido, a mis siete años, el ovillo de preguntas y heridas que acurruco contra la baranda de las escaleras, entre el segundo y el tercer piso de un viejo edificio rojo en Catedral con San Martín. Casi puedo sentir el roce de alas de los murciélagos igual que el rebote rítmico de una que otra lágrima cayendo sobre mis mocasines de charol, sin saber bien por qué lloro. Hoy, treinta años después, llevo zapatos de tacos altos, un par de panteras negras que querrían escapar y despedirse de mí, aquí, de pie sobre antiguos charcos de sal, en espera de lo inevitable.

—... pero, aparte de los golpes, ¿realmente hubo abuso sexual? ¿Te violó tu papá? Porque para que haya violación, tú sabes..., no necesito decirlo. ¿Cuánto podría un hombre grande penetrar a una niña tan chica? Dios mío, me entiendes, ¿no?

No. Ni quiero.

En segundos apenas, una sola pregunta hace temblar veinte años completos de esfuerzos sostenidos en terapias, sanaciones, tótemes y danzas alrededor de lunas llenas; todo el arsenal y repertorio que me fui organizando a lo largo

de la vida para lograr un estado de bienestar que me acomodara. Uno que, sin llegar jamás al equilibrio absoluto, me permitiera andar liviana, contenta, centrada en el presente, en mis alrededores, en cada cariño bueno.

Miro a mi madre, su perfil preciso, su nariz perfecta, esas arrugas que no cambian en nada la belleza de su rostro y solo cuentan la historia de sus propios dilemas y luchas; la costra bajo la cual quizás late algo más parecido al amor, la compasión, la solidaridad entre mujeres. Sentimientos que no demuestra aquí, conmigo, pero sí con mis hijas. Desde siempre. Eso tiene que contar. Como un modo de quererme o cuidarme, muchos años después.

Un tercio, mamá. Eso es cuánto.

Lo pienso a modo de respuesta, pero no lo digo. No me sale la voz. Ella continúa con su almuerzo y en sus ojos detecto el brillo perfecto de una o dos lágrimas, pero no llega a llorar. Quizás tanto así le duelen o la enojan los secretos a punto de revelarse, las historias a medias, la ficticia imagen de familia a la que hoy debe renunciar, sin apelaciones. Quizás tanto así le duele o la enoja mi padre, yo, o ambos. No lo tengo muy claro.

—¿Me vas a decir o no?

—¿Qué?

—Cuánto, pues. A lo mejor te equivocas o exageras, o solo fue un intento, un forcejeo que ni siquiera llegó a tanto. Los niños sobredimensionan las cosas, son demasiado sensibles a veces. Tú que trabajas con ellos deberías saberlo mejor que nadie.

—Puede ser, mamá. Puede ser. Pero yo hasta aquí no más llevo. Si quieres hablamos después. Ahora no soy capaz.

Respondo con calma a su impaciencia; con gentileza a su brusquedad. Intento poner los límites que puedo en pleno estado de *shock*; este tsunami en curso que logro posponer unos minutos en tanto alcanzo mi abrigo y cartera para salir del departamento.

Mi madre no me detiene. Por el contrario, me acompaña a la puerta y me despide. Yo hubiese querido desbarrancarme en su regazo, decirle simplemente «tengo pena», no hablar nada más y llorar, al fin, mis años enmudecidos. Con la añoranza horadante de ser por una vez —y definitiva— solo lo que nos correspondía ser: madre e hija. A cambio, susurro un «nos vemos luego» y acelero el paso hacia el ascensor mientras voy marcando en mi celular el número de Mario, mi terapeuta, profesor de escuela y amigo entrañable a estas alturas. Le pido urgente —para esta misma tarde— un poco de su tiempo. Luego, llamo a dos de mis mejores amigas. Sé lo que se viene y, a diferencia de lo que suelo hacer, esta vez pido ayuda: las necesito, por favor estén de guardia.

Una vez en la calle, no me obedecen las piernas. Me asusto. Respiro hondo, me tranquilizo y luego casi me da risa. Conozco demasiado este cuerpo que siempre se siente como recién llegado y, sin embargo, tan familiar y predecible como si nunca me hubiese sido arrebatado. Mi cuerpo. Siempre es bello y a la vez extraño llamarlo así; reconocer que se ha convertido en mío. Mi voz más fiel, mi mejor diccionario, mi más sabio e infalible sistema de alarma.

Caigo doblada de rodillas por dentro. De las caderas a los dedos de mis pies me convierto en una sola impotencia entre acalabrada y rebelde, y me duele caminar. Hago una pausa y todo regresa en destellos de imágenes, olores y sensaciones espantosas que no se someten al albedrío de una memoria siempre al filo de la revuelta. Por un instante, me pesa mi padre en el pecho y, en la navaja conocida de este ahogo, temo no ser capaz de moverme jamás. Pero no puedo quedarme quieta, hay que avanzar, me repito, no arrancar (aunque también y cómo querría), solo avanzar.

Suena el celular. Es mi hija que llama desde Inglaterra, donde cursa un programa de verano en ciencias políticas. Viajó becada con un grupo de estudiantes de varios países y es un orgullo pero a la vez una preocupación feroz saber-

la por esos lares. Los atentados en Londres me han dejado con el alma en un hilo y si tuviera dinero suficiente ya andaría por allá, cual escolta, para protegerla. Se ríe un poco de mi paranoia, pero también me entiende. Me cuenta de sus días en Oxford, del ensayo que debe entregar mañana a primera hora, y del lanzamiento del último *Harry Potter*, al que asistirá en unas horas. Hablamos de otras cosas también y ella me alienta, sumándome a su esperanza. Sin demasiadas palabras me recuerda lo único importante: la alegre constancia de nuestros amores y de nuestros lazos. Madre e hija, aquí sí ha sido posible. Siempre podemos contar con ello.

No dar tregua, me repito, mientras avanzo otro par de calles. Primero a cuerdas lentas y luego más rápidas. Voy a pasos de ciervo recién nacido, pero también sé que si quisiera podría convertirme en un elefante, firme y grande. Porque eso es lo que soy: grande. Una adulta y una mujer que no deja de ser sólida solo porque, de tiempo en tiempo, la niña que era, fui o soy siempre un poco, despierte alarmada y se tome todo de mí por un rato.

Un tercio, mamá. Un tercio.

¿Realmente necesitamos esta clase de detalles? ¿Una métrica en centímetros del dolor? ¿Para qué? ¿Para creermos? ¿O para liberarte de hacerlo?

Mi voz o la suya —no puedo distinguir bien— acompaña cada paso. Casi puedo sentir entre las piernas, una vez más, la medida exacta de mi padre, el tramo de su carne que avalaría mi testimonio ante mi madre u otras personas. Quiero llorar y no puedo. Retengo una arcada y no sé si es pena o rabia lo que me consume al punto del aturdimiento. Quizás un poco de ambas.

Pienso en la precariedad de nuestras confianzas en el prójimo; la morbosa necesidad de detalles para atestiguar nuestra compasión o el crédito que damos a las vidas de otros, o el crédito que otorgamos, simplemente, a la posibilidad del horror. Quiero creer que estas resistencias no

son sino un signo de fe en lo humano; una confianza que se resiste a dar cabida a atrocidades cometidas por personas iguales a nosotros, o a concebir que siempre hay una dimensión de daño posible en muchas de nuestras acciones, aun las más nobles. Pero si esa buena confianza es lo que mueve a mi madre, por qué no preguntarme de otro modo, o por qué no preguntarme sobre otras cosas como, por ejemplo, cómo sueño y vivo los amores después de una experiencia como la vivida con mi padre, o de qué manera ciertas lecciones han determinado mi maternidad, mi trabajo con los niños, o qué de bueno he aprendido sobre mí, sobre el perdón.

Podría compartir información tanto o más decidora sobre lo vivido, sin soslayar el fondo de mi alma, pero bajo una forma benévola, que me permita libertad en las palabras que elijo, en el tono, y sobre todo en la intención. No quiero hablar del incesto porque sí. No me interesa aportar detalles para precisar la tragedia. Si tengo que decir algo quiero hacerlo por buenos motivos, que a alguien le sirvan o por lo menos a mí: para sanarme, discernirme, constatar cuán lejos he llegado. No para someterme (ni a nadie) a juicio; no para dañar a otros.

Honestamente, preferiría mentir e inventarme una niñez en Fantasilandia antes que realizar otra autopsia sobre cuerpos fantasmas, como el mío de niña o el de mi padre muerto. Cuerpos que no tengo voluntad de vulnerar. No porque sí, o no descarnadamente como mi mamá, en su apuro por saber, demanda. Si no se cuenta con un mínimo sentido de respeto o humanidad, este ejercicio forense termina siendo tan absurdo como innecesario: a quién puede servirle ya. Utilidad tendría si el dolor pudiera reducirse, por último, a un tema anatómico, de centímetros más o menos, de un órgano o un área de la piel. Qué no daría yo. De ser así, una buena cirugía bastaría para extirparlo, maquillarlo, transformarlo, lo que fuera con tal de deshacerse de sus huellas. Pero no se puede, porque el dolor no funciona así;

no se sirve en porciones y es simplemente parte del todo, toda una, su cuerpo, su alma, la vida.

La vida. Aquí. Ahora.

No me doy cuenta cuando ya estoy en la plaza Pedro de Valdivia que se ve más linda que nunca bajo este sol. Hace frío, pero no se siente en la caminata por pleno Bilbao. Tampoco el cansancio, y eso que aún me quedan unas diez cuadras para llegar a la consulta de Mario. Calles que descuento pensando en mi hija, sus ojos negros, el eco de su risa; los muchos ángulos desde los que puede fotografiarse o mirarse una sola de sus manos. Un obrero de una construcción cercana me canta el tema de una vieja teleserie, *La Colorina*, y lo hace con tanta simpatía que me hace reír con ganas. Sin darme cuenta, el calambre cede. Poco a poco, mis extremidades recuperan su libertad de movimiento y siento como si caminara por primera vez en la vida. Puedo volver a crearme lagartija y, como en tantas otras ocasiones, adueñarme de esta bendita capacidad de regenerar una cola, o lo que yo quiera si me lo propongo.

Segura de estar en plena posesión de mí otra vez, descanso frente a un negocio en Miguel Claro, creo. Siempre confundo las calles de Manuel Montt hacia abajo. Podría ser otra y, sinceramente, ni sé hasta dónde he llegado. Pero he llegado. Me siento sobre las escalinatas del local y respiro hondo. Pienso en mi madre, en nuestra conversación inconclusa, en su angustia, en la mía. La verdad no necesita ser una masacre, me repito, solo debe ser la verdad. Todas las verdades, cualesquiera sean estas: horrendas como el incesto, y tan portentosas como el cariño. Por más difícil que a ella le resulte de creer, yo a mi mamá la quiero; no me deja inmune su frío ni su dolor (como tampoco me dejó inmune, en el pasado, el sufrimiento de mi padre). Es mi mamá: antes, durante, ahora y siempre. Y yo, su hija. Ambas merecemos cuidado. Por eso voy al mueble chino con miles de cajones que he instalado en la memoria y, con muchísima dedicación, comienzo a elegir qué recuerdos com-

partiré con ella —ni de más, ni de menos— para dar justo sentido a una parte de nuestra historia que, pese a todos nuestros silencios, se niega a desaparecer. No necesito arriesgar a mi madre a nuevas heridas ni hurgar en sus llagas para cerciorarme de que existen. Ojalá no las tuviera. Tampoco yo.

Hasta no hace mucho tiempo, el tono de nuestra conversación pendiente hubiese sido otro. Algo así como un alarido, una letanía desgarradora, un «por qué» brutal reclamando contra la falta de alerta y de protección de los adultos de mi mundo. Sin embargo, a estas alturas, lo único importante es tener claro para qué hablar, y cómo quedamos luego. Hacia dónde podemos ir mi madre y yo con la historia develada, o de qué manera enfrentamos, de ahora en adelante, los abrazos o los viejos álbumes de fotografías y las anécdotas alegres y enternecedoras que se cuentan en cumpleaños o navidades (y que deberán seguir siendo contadas). No tenemos por qué perderlo todo si ya hemos perdido tanto.

Si no queda más alternativa que enfrentar la verdad, que esta sirva para reparar lo que se pueda; no para quedar más heridas. Un daño basta. Uno es demasiado porque nadie permanece inmune. Los campos de víctimas se alfombran de chicos y grandes, generaciones presentes y pasadas, perpetradores e inocentes. Hiroshima no me pertenece solo a mí, sino también a mi mamá, a mi hermana menor, a mis abuelos, a mi propio padre y a todos los que, sabiéndolo o no, queriendo ver o no, compartimos la experiencia y pagamos su costo: ese «algo» de cada uno que sería mutilado y lanzado lejos; imposible de remendar. Aunque siempre se puede. Conozco bien ese quehacer. Ya dispongo de mi aguja e hilo blanco.

Algo más calmada, llego a la consulta de mi terapeuta. Quisiera quedarme aquí por el resto de mi viaje a Chile, pero la sesión con Mario dura menos de una hora. Apenas lo necesario para una redentora contención y el recordatorio